

Agustino tratar con él y comunicarle sus dudas, con aquel espacio que ellas necesitaban para resolverse. Iba á su casa, pero se contentaba con verle estudiar; mirabale como á un varon respetable, lleno de piedad y de sabiduría, de que rebosaban sus pláticas, en las cuales trataba puntos que no parecian sino destinados á labrar la conversion de Agustino. La mayor dificultad de este consistia en el sacrificio que debia hacer de sus luces en obsequio de la fe. Pareciale sumamente repugnante y dificultoso haber de dar crédito á cosas y misterios sobrenaturales, que exceden la capacidad del entendimiento humano. « Pero meditando consigo mismo cuántas cosas creia sin haberlas visto, como son una multitud de hechos que refieren las historias, la existencia de tantos pueblos, y la noticia misma de que Patricio y Mónica eran sus padres, vino á concluir que para conocer la verdad era necesaria la autoridad de las sagradas Escrituras, y comenzó á creer que de ningun modo hubiera Dios dado tanta autoridad en todo el mundo á aquellos libros, si no fuese su voluntad que le creyesen por ellos, y por ellos le buscasen (1). »

Sin embargo de todo esto, como en su alma dominaban los deseos de honores, de riquezas y de placeres, estaba preso con unas cadenas de hierro, que le impedian dar pasos mas acelerados hácia la verdad. Consultaba continuamente con su amigo Alipio, y con cuantos conocia que podian iluminar de algun modo sus tinieblas; estudiaba incesantemente, y oia con gusto las persuasiones de su santa madre; pero nada bastaba á contrastar el peso que hacian en su alma, por una parte el deseo de ver la verdad con evidencia, y por otra las vivas pasiones que la tenian dominada. Por este tiempo fué á Roma, acompañado de Alipio, que gustaba demasiado de los espectáculos sangrien-

(1) Lib. 6. Confes. cap. 5.

tos; y nuestro santo tuvo ocasion de ejercitarse algo en la mansedumbre cristiana, disuadiéndole de asistir á los juegos del circo, cubierto siempre de horrores y de sangre. Volviendo despues de algun tiempo á Milan, en compañía del mismo Alipio, encontró allí Nebridio, su paisano, que habia dejado su patria, sus bienes y su madre por buscar la verdad, agitado de dudas poco diferentes de las que inquietaban el alma de nuestro jóven. Estos tres amigos trataban en sus conversaciones de aquella materia que tenia sin sosiego sus almas. Deseaban una vida quieta y tranquila, libre de todos los vaivenes de la fortuna, y acompañada de una felicidad verdadera que no estuviese sujeta al tiempo ni á sus mudanzas. No encontraban este bien ni en las ciencias, ni en las diversiones, ni en los banquetes, ni en el favor y amistad de personas poderosas; pues todo esto tenian, y con todo se reputaban por infelices. Principalmente Agustino se hallaba tan vencido del amor, que le parecia imposible poder vivir sin la compañía de una mujer. Su madre, que conocia bien su pasion, trató de casarle, y aun le buscó una graciosa jóven para esposa, arrancando de su lado aquella que habia venido cebando su cariño desde Africa (1).

Entre tanto, abrumado con las inquietudes y molestias de la vida, é indeciso en el partido que podia tomar en las crueles dudas que angustiaban su alma, trató con sus amigos de huir del bullicio de las gentes para vivir en un sosegado retiro. Dispuso que de los bienes de todos, que serian como unos diez compañeros, se hiciese una masa comun de donde se proveyese á las necesidades de todos; nombrándose anualmente dos administradores que cuidasen de las cosas temporales, para que los demás viviesen quietos tratando solamente de las ciencias y del espíritu.

(1) Lib. 6. Confes. cap. 6, 7, 8, 10, 15.

Ya estaban para poner en ejecucion este proyecto; pero reflexionando despues que por ser algunos de ellos casados, deberian tener mujeres en su compañía, conocieron que todo lo proyectado era imposible, y así volvió Agustino á sus antiguos gemidos é inquietudes (1). Enredóse nuevamente con los amores ilícitos de otra mujer; porque como le habian quitado aquella de quien tenia un hijo, por juzgar que podia servir de impedimento al matrimonio proyectado, y este no podia efectuarse por no tener todavía la esposa la edad competente, no pudo resistir los ímpetus de la incontinencia (2). Así iba sumergiéndose en un abismo de delitos, y multiplicando los lazos de su perdicion; pero el misericordioso Dios nunca le perdía de vista, ni dejó su corazón tan desnudo de sentimientos saludables, que no sintiese el agudo aguijón de los remordimientos. « En medio de la multitud de opiniones que siguió Agustino en todas las materias, nunca llegó á dudar que despues de la muerte le quedaba otra vida á nuestra alma, ni que habia de ser la suerte de los buenos y de los malos enteramente diversa. Esta persuasion le habia hecho mirar con desprecio el sistema de Epicuro, á quien sin este defecto hubiera concedido la palma entre todos los filósofos. Por tanto, en medio de sus liviandades y extravíos, siempre le atormentaba el miedo de la muerte, y del juicio que ha de hacer Dios de las obras buenas ó malas; y este mismo miedo era un estímulo continuo que le impelia á salir del abismo de los deleites carnales en que estaba encenagado (3). »

Ya iba acercándose el tiempo en que habia de triunfar la gracia de todas las dudas y perplejidades de Agustino, y en que, sujetas á la razon las pasiones, habia de poner la virtud un trono estable en el mismo

(1) Lib. 6. Confes. cap. 14. — (2) Lib. 6, cap. 15. — (3) Lib. 6, cap. 16.

corazon en que habia reinado el vicio. Esta operacion en un hombre tan sabio, que no se movia sino por principios, se habia de hacer por medio de la ilustracion de su entendimiento. Así dispuso Dios que llegasen á sus manos los libros de Platon, traducidos del griego por Victoriano filósofo, en los cuales encontró muchas de aquellas verdades difíciles que manda creer sin investigarlas la religion cristiana. Tales fueron la generacion eterna del Verbo (1), *que era en el principio, y el Verbo estaba con Dios, y Dios era el Verbo; que Dios Verbo no nació de la carne ni de la sangre, ni por voluntad de varon, ni de la carne, sino que nació de Dios; que el Hijo es igual sustancialmente al Padre; que es ante todos los tiempos, y sobre todos los tiempos coeterno con su padre Dios; y últimamente, que la gloria (2), debida solamente á Dios incorruptible, se habia trasladado y atribuido á los ídolos y vanos simulacros, hechos á manera y semejanza del hombre corruptible, y de aves, de cuadrúpedos y de serpientes (3)*. Haciendo Agustino esta lectura y reflexionando sobre ella, tuvo una vision interna; una luz incommutable, superior á todas las cosas criadas, descendió sobre su alma; sus rayos eran tan brillantes y tan vivos, que deslumbrado Agustino no podia sostener su claridad. Estremecióse de amor y de espanto, y halló que estaba muy lejos de Dios, y parecióle que oia su voz que le decia: *Yo soy comida de los que son grandes: crece, y entonces te serviré de manjar; pero no me convertirás en tu sustancia como los otros alimentos de que se sustenta tu cuerpo, sino que tú te convertirás en mí (4)*.

Con esta luz y vision celestial quedó Agustino tan enseñado, que llegó á creer la existencia de aquella verdad que se ve y conoce por las criaturas (5), esto

(1) Joan. 1. — (2) Rom. 1, 21. — (3) Lib. 7. Confes., cap. 9. — (4) Lib. 7, cap. 10. — (5) Rom. 1, 20.

es, de Dios, con mas firmeza que creía su propia existencia. Leyó despues las epistolas de san Pablo; las sublimes verdades del Evangelio se iban apoderando de su corazon, conociendo cuanta diferencia hay de la doctrina eterna y verdadera de Dios, á la vana é hinchada sabiduría de los filósofos. Los libros de Platon, aunque le habian enseñado algunas verdades, le habian hecho mas soberbio; al contrario los sagrados, ilustrando su entendimiento, le infundian un espíritu de humildad para buscar la verdad por el camino que es la verdad misma (1). Todo cuanto habia leído en san Pablo, se le habia quedado impreso en el alma. Hallábase como sitiado por todas partes: cierto ya de la vida eterna y de todas las verdades que deseaba, sin otra necesidad que la constancia y la firmeza en lo que habia aprendido. Pero acerca del género de vida que habia de emprender, tenia muchas dudas; y aunque le agradaba el camino, que era el mismo Salvador, estaba tibio y perezoso para pasar lo que este camino tiene de estrecho. Para vencer estos obstáculos, determinó ir á verse con Simpliciano, varon santísimo, á quien el mismo san Ambrosio veneraba, como que habia sido padre suyo en la fe, dándole el bautismo (2).

Propúsole sus dudas, manifestóle su corazon, hizole patentes las llagas de su alma, contándole muy por menor los grados por donde habia llegado al estado en que se hallaba, y las dificultades que á la sazón le oprimian. Dijole que habia leído los libros de Platon, traducidos por el filósofo y orador romano Victorino, y las verdades que en ellos habia encontrado. Alegróse el santo anciano, y le dió el parabien de haber leído aquel filósofo griego, porque en sus obras se da una idea mas clara de Dios y del divino Verbo. Despues le refirió la conversion mara-

(1) Lib. 7. Confes. cap. 20, 21. — (2) Lib. 8, cap. 2.

villosa de Victorino, á la que él mismo habia contruido: « De qué manera aquel doctísimo anciano y sapientísimo en todas las ciencias y artes liberales, que habia leído tantas obras de filósofos, y las habia criticado é ilustrado; que habia sido maestro de tantos nobles senadores; que por la excelencia de su sabiduría mereció que se le erigiese una estatua en la plaza pública de Roma, que es lo mas glorioso que hay para los ciudadanos de este mundo; que hasta aquella edad tan avanzada habia adorado y venerado á los idolos, sin exceptuar los monstruos que Roma habia tomado de Egipto; que finalmente, tantos años habia defendido estas idolatrias con su elocuencia y con su fama, no se avergonzó en su ancianidad de humillarse como un niño, para recibir el sello de siervo de Jesucristo y renacer con el bautismo, sujetando su cuello al yugo del Evangelio, y sellando su frente con la cruz que antes tenia por oprobio (1). »

Esta relacion de Simpliciano hizo en Agustino todo el efecto que se habia propuesto. Admiró el esfuerzo con que un hombre de sus circunstancias habia atropellado por todos los obstáculos del mundo, sin ser bastante para detenerle su descrédito con los senadores, el desagrado de sus amigos, y el haber de cerrar su escuela de retórica, porque el emperador Juliano habia prohibido á los cristianos enseñar las letras humanas. Encendióse en deseos de hacer lo mismo que habia hecho Victorino, cuya conversion atribuyó á su fortuna, mas bien que á fortaleza y virtud. « Pero Agustino estaba atado con cadenas mas fuertes que de hierro. El comun enemigo dominaba despóticamente en su voluntad, de la cual habia hecho una cadena con que le tenia preso. Porque pervertida la voluntad nació el apetito desordenado; este produjo

(1) Lib. 8, cap. 2.

con la continuacion la costumbre, y la costumbre sin freno pasó á necesidad y naturaleza. De estos eslabones se formaba la cadena que tenia á Agustino en una dura servidumbre. Las verdades del Evangelio, la vida cristiana y las divinas promesas le agradaban, pero sin acabar de vencerle; y los gustos de la carne y sangre le deleitaban de modo que le ataban, sin dejarle libertad bastante para acabar de abandonarlos. Pareciale que Dios hablaba interiormente á su alma diciéndole aquello del Apóstol (1): *Levántate de ese profundo sueño: sal de entre los muertos, y te iluminará. Cristo; pero tibio y perezoso* respondia: *Ahora; de aquí á un instante; déjame otro ratito;* palabras que denotaban lo asida que estaba su alma al sueño peligroso de la culpa (2). »

Al paso que se multiplicaban los golpes con que la gracia de Dios combatia el corazon endurecido de Agustino, crecian en este las congojas, los suspiros y los deseos de acabar de resolverse; y cuando apenas habia acabado de sufrir un golpe, ya Dios le tenia preparado otro. Un dia que estaba en su casa con Alipio, fué á visitarle un paisano suyo llamado Ponticiano, hombre muy principal, empleado en el palacio del emperador. Vió por casualidad sobre una mesa de juego las epistolas de san Pablo: sorprendióse de ver un tal libro en poder de Agustino, y como era fiel y verdadero cristiano, le dió la enhorabuena. Despues comenzó á hablarles de san Antonio y de su admirable vida, de los muchos monjes que vivian virtuosamente recogidos en monasterios, y de otros mas penitentes y retirados que habitaban en los desiertos. Además de esto les contó la maravillosa conversion de dos amigos suyos, que se hicieron anacoretas en Tréveris, dejando el palacio del emperador á quien servian, y renunciando á dos hermosas don-

(1) Ephes. 5, 13. — (2) Lib. 8, cap. 5.

cellas con quienes tenian contraidos esponsales, las cuales imitaron el ejemplo de sus esposos y consagraron á Dios su virginidad (1). Todas estas cosas hicieron en Agustino una sensacion vivisima, y cada una de ellas era para él un espejo en que veia su flaqueza para horrorizarse de sí mismo. Despachó Ponticiano el negocio que habia motivado su viaje, y se despidió, dejando anegado á su amigo en un mar de congojas.

Entonces todo turbado y fuera de sí, se volvió hacia Alipio, y con una especie de arrebató exclamó diciendo: *¿Qué es esto que pasa en nosotros? ¿qué es lo que nos sucede? Levántanse los ignorantes, y se apoderan del cielo; ¿y nosotros, con nuestras doctrinas, sin juicio ni cordura nos estamos revolcando en el cieno de la carne y sangre? ¿Acaso tenemos vergüenza de seguirlos porque van delante de nosotros? ¿No seria mas vergüenza el no seguirlos?* Mientras decia estas palabras, Alipio le miraba silencioso, advirtiendo en el color encendido de sus mejillas, en lo exaltado de los ojos y en el tono irregular de la voz, la furiosa tormenta que sucedia dentro de su corazon. En este estado retiróse Agustino á un huerto que habia en su casa, y Alipio le siguió sin hablarle palabra. Sentáronse en lo mas retirado. Agustino bramaba enfurecido, y se irritaba contra sí mismo, reprendiéndose la tardanza en ir á abrazarse con Dios. Arrancábase los cabellos, dábase palmadas en la frente, cruzaba las manos y se apretaba las rodillas, y hacia otros extremos y contorsiones con todos los miembros de su cuerpo. Decia en su interior: *Ea, hágase al instante; ahora mismo se han de romper estos lazos.* Iba ya á ejecutarlo; pero no lo hacia, porque temia morir á lo que es verdadera muerte. Los pasatiempos frívolos, las vanidades de vanidades, sus antiguas amigas le venian á la memoria, pareciale que se llegaban á él,

(1) Lib. 8, cap. 6.

y qué tirándole de la ropa, le decían en voz baja: « Pues qué, Agustino, ¿nos quieres abandonar? ¿qué, desde este instante no estaremos ya contigo para siempre jamás? ¿qué, desde este instante, no te será ya licito esto y aquello para siempre jamás? ¿piensas que te será posible vivir sin estas cosas » en que tanto deleite tiene tu alma? »

Luego se le representaba la amable continencia con un rostro sereno, majestuoso y alegre, y le halagaba honestamente, convidándole á que se llegase adonde estaba, y desechase los temores que le detenían. Extendiale sus piadosos brazos para recibirle en su seno, é incorporarle á una multitud de santos, cuyo ejemplo le proponía, y á los que tenía abrazados. Allí veía innumerables personas de todas edades, sexos y condiciones; multitud de mozos y de doncellas, de jóvenes y de ancianos, de viudas venerables y de vírgenes que habían envejecido en la castidad. Veía también la continencia con una graciosa sonrisa, como que le decía: « Pues qué, ¿no podrás tú lo que pueden todos » estos y estas? ¿por ventura lo que estos y estas » pueden, lo pueden por sus propias fuerzas, ó por » las que la gracia de su Dios y Señor les ha comunicado? Su Dios y Señor les dió la continencia; pues » yo soy dádiva suya. ¿Para qué confías en tus propias fuerzas, si esas no pueden sostenerte, ni darte » firmeza alguna? Arrójate con confianza en los brazos del Señor, y no temas, que no se apartará de tí » para dejarte caer. Arrójate seguro y confiado, que » él te recibirá en sus brazos y te sanará tus llagas.»

Avergonzabase Agustino, oyendo estas reconveniones, de que le tuviesen preso todavía los lazos débiles de los deleites antiguos; y entonces la continencia volvió á decirle: « Hazte sordo á las voces de tu » concupiscencia; las delicias que te promete, no » pueden compararse con las que hallarás en la ley

» de tu Dios y Señor. » Alipio veía en Agustino unos movimientos extraños, una inquietud que parecía frenética; pero aunque adivinaba la lucha interior que agitaba su espíritu, no quiso interrumpirla, sino esperar su fin con paciencia y silencio (1).

Aumentándose la tormenta en el alma de Agustino con la consideracion de sus miserias, cuya deformidad veía claramente, sintió que un torrente de lágrimas iba á salir de sus ojos; y como se llora mas libremente cuando se está solo, se levantó del lado de Alipio, alejóse lo bastante para no ser comprimido, y se echó debajo de una higuera sin saber de qué manera ni en qué postura. Allí comenzó á derramar tal copia de lágrimas, que parecían dos rios que salían de sus ojos, y hablando con Dios, con razones interrumpidas, le decía: *Y vos, Señor, ¿hasta cuándo, hasta cuándo habeis de mostraros enojado? No os acordéis, Señor, de mis maldades antiguas.* Conocía Agustino que eran sus pecados los que le tenían preso, y así con lastimosas voces decía á gritos: *¿Hasta cuándo, hasta cuándo diré yo: Mañana, mañana? ¿Porqué no ha de ser hoy? ¿Porqué desde este mismo instante no he de poner fin á todas mis maldades?* Mientras hablaba de esta manera, el corazón partido de dolor, y llorando amargamente, oyó en una casa vecina una voz como de un niño, que cantaba y repetía muchas veces estas palabras: *Toma y lee, toma y lee.*

Mudó de semblante Agustino, y se puso á pensar si había algun juego en que los niños usasen de aquellas voces; y no acordándose haberlas oído jamás, interrumpió sus lágrimas, y se levantó de donde estaba, en la persuasion de que esta era una advertencia del cielo. Acordóse al mismo tiempo que san Antonio se había convertido oyendo leer un pasaje del Evangelio.

(1) Lib. 8. Confes. cap. 14.

Volvió al sitio donde había dejado á Alipio, porque allí había dejado tambien las epistolas de san Pablo : tomó en sus manos el libro ; le abrió , y leyó lo primero que se presentó á sus ojos , que eran estas palabras : *No en banquetes ni en embriagueces ; no en dissolution y deshonestidades ; no en contiendas y emulaciones ; sino revestios de nuestro Señor Jesucristo ; y no os cuidéis de satisfacer los apetitos del cuerpo* (1). No quiso Agustino leer mas , ni fué necesario ; pues luego que acabó de leer esta sentencia del Apóstol , un rayo de luz clarísima disipó todas las nubes que le causaban sus dudas , é introdujo la calma en su corazon. Convirtióse , pues , Agustino á su Dios ; comunicó su determinacion á Alipio , que , aunque algo débil todavia en la fe , se unió á su resolucion y buen propósito ; y ambos juntos se entraron en el cuarto de santa Mónica , quien oyendo por menor las misericordias que el Señor había derramado sobre su hijo , no cabia en sí de gozo ; dirigia afectuosísimas bendiciones al cielo , derramando ahora mas lágrimas de alegría que solia antes de amargura por la conversion de su hijo (2).

Este , entregado ya todo á Dios , no pensaba ni en matrimonio , ni en riquezas , ni en honores , ni en cosa alguna de este mundo . Renunció la cátedra de retórica , y en compañía de su madre , de Adeodato y de Alipio , se retiró á una quinta de un amigo suyo llamado Verecundo , en el campo de Casiciaco , á prepararse para recibir el bautismo . Allí se ocupó en fervorosa contemplacion de los bienes eternos , y del que Dios acababa de hacerle , sacándole de las tinieblas de sus errores . Leía las santas Escrituras , y comenzó á escribir contra los académicos ; tambien compuso los dos primeros libros de los soliloquios , que están llenos de los afectos de su fragrantísima caridad (3). Avisó á san Ambrosio de su conversion , y de como

(1) Paul. *ad Rom.* 13. — (2) *Lib.* 8. Conf. c. 12. — (3) *Lib.* 9, c. 3 y 4.

queria recibir el sagrado bautismo ; y habiendo vuelto á Milan , fué bautizado (1) por el santo obispo , en compañía de Alipio y Adeodato , en 24 de abril del año de 387 , siendo de edad de treinta y tres años . Es tradicion bastante autorizada , que en el acto del bautismo comenzó san Ambrosio , estimulado de la interior alegría que le causaba la conversion de Agustino , el himno *Te Deum laudamus* ; respondiéndole el recién bautizado : *Te Dominum confitemur* ; y prosiguiendo alternativamente hasta concluir un himno tan sublime y tan devoto , que ha consagrado la Iglesia para manifestar á Dios sus afectos y darle gracias por los mayores beneficios . Celebra esta festividad toda la iglesia de España por sollicitacion de la serenísima reina doña Isabel Farnesio , que quiso que á imitacion de la religion augustiniana , que ya celebraba la conversion de su patriarca desde el año de 1388 , celebrase tambien su reino la gloria de una conversion que dió un maestro de la doctrina verdadera al orbe cristiano , un padre y protector á la Iglesia católica , un martillo á los herejes , una antorcha brillante á los concilios , una luz copiosa á todos los sabios , un vaso de eleccion , y un ejemplo de santidad heróica á los fieles de todos los estados en que se halla dividido el mundo .

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma , el santo papa Pio V , del orden de Predicadores , el cual aplicándose con zelo y con buen éxito á restablecer la disciplina eclesiástica , extirpar las herejías , y reducir los enemigos del nombre cristiano , gobernó la Iglesia católica con leyes sabias y con los ejemplos de una santa vida .

En Roma , santa Crescenciana mártir .

Allí mismo , san Silvano mártir .

(1) *Lib.* 0. cap 6